

Hugo Hiriart, *Galaor*

Transcripción de los primeros capítulos a cargo de Stefano Bazzaco

Edición empleada Hugo, *Galaor*, México, Editorial Juan Moritz (Nueva Narrativa Hispánica), 1972.

GALAOR

Un coro de viejísimos pericos ha referido la dulce historia de la durmiente disecada y el príncipe Galaor. Se ignora el origen del cantar que se transmitió solamente por vía de los loros rapsodas, pero el abuelo del abuelo del abuelo de los verdes cantores ya lo entonaba desde su travesaño. Nosotros lo consignamos para eximirlo de los olvidos y para emanciparlo del parloteo y la charlatanería de las aves impostoras, y con ello trasmutar el eco en voz. Canta entonces tú, diosa, desde tu jaula de nubes, a los esforzados varones, a las niñas disecadas y a las palpitantes, a los encantadores y enanos; canta tú cómo perdióse Brunilda y cómo fue recuperada; celebra, Dama de las Palabras, en buenas imágenes, las lealtades, los amores y trabajos de quienes supieron batallar y ser gentiles.

Capítulo 1. Los dones

Los reyes del País de las Liebres fueron discretos soberanos. El pueblo, feliz bajo su cetro, vio florecer haciendas y tranquilidades: discurrían los habitantes, gordos en mayoría, sosegados, alegres, satisfechos en labores, en fiestas, en oraciones y mercados, por la colmena con mano sabia gobernada.

Cuando sonrosada y regordeta la reina fue aclamada entre banderas, campanas y tambores; cuando mostró entre sus brazos a la heredera por diez años ansiada, la felicidad de la gente liebres fue perfecta como un alfiler.

Las fiestas del bautismo de la princesa deberían recordarse por su magnificencia y prodigalidad. Músicos de afinación perfecta y muy alta inspiración asistirían con pesados instrumentos de bellos laberintos dorados; y acudirían pintores, escultores, orfebres, alfareros, a perpetuar esplendores en joyas, en muros, en mármoles y jarrones; y no faltarían cómicos, ni amaestradores de monos, ni remedadores de pájaros y fieras, ni acróbatas descoyuntantes y truhanes y jugadores y poetas y logreros; se contemplarían silenciosos combates entre peces de colores, y se derramaría la multitud estridente disfrazada entre elefantes y cocodrilos. Abiertos estaban los graneros atestados, los barriles llenos, los potreros y corrales, vacas, cerdos, gallos y carneros bien cebados y muy apacibles. En el orbe pulcramente dispuesto de la catedral, todo estaba en su orden.

El día llegó, por fin, del bautismo, y cobijó la catedral a reyes, reinas, notables de varias naciones, y a todas las hadas conocidas. El nombre de pila de la niña fue Iris Emulación Púrpura

Neblinosa Brunilda. Consumados los actos sacramentales, las hadas se dispusieron alrededor de la cuna de madera labrada para la ceremonia de la donación. El arzobispo gordo sonrió complacido y se acarició el vientre con las manos cargadas de anillos. Las cuatro hadas eran muy jóvenes y bellas y llamativas y reposadas: la mayor tendría trece años y la menos hermosa, si cabe decirlo, parecía *madonna* de mármol pardo. Las cuatro sonreían beatíficamente; la luz de erectos vitrales las teñía de colores; las bóvedas de la catedral figuraban cielos de curva múrice. Habló entonces la mayor de las hadas, llamada As de Copas, y su voz recordó el jadeo de una corza:

—Brunilda bienaventurada, madre de reyes y de arqueros: séate concedido el don grave de la mucha inteligencia para que sean tus amigos los libros y las buenas razones.

Habló la siguiente, llamada Sota de Bastos:

—Brunilda bienquerida, madre de reyes y de astrónomos: séate concedido el don sonriente de la mucha bondad para que sean tus amigos los afligidos y tuyas las acciones comedidas.

Habló la llamada Tres de Oros:

—Brunilda bienamada, madre de reyes y de cazadores: séate concedido el don cadencioso de la suntuosa voz musical para que sean tus amigos todos los medidos deleites del sentimiento.

Habló la más niña, llamada Seis de Espadas:

—Brunilda biendeseada, madre de reyes y de teólogos: séate concedido el don fluyente de la elocuencia para que sean tus amigas todas las gentes y tus palabras correctamente dispuestas.

Capítulo 2. La voz musical

Cadenciosa como el andar de leona joven, melodiosamente nítida como flauta solitaria, espectacular y sonora como mil arpas angelicales, así retumbó en la catedral la voz de la princesa, entonada desde la cuna, cuando terminó de hablar la más niña de las hadas.

En las policromadas gesticulaciones de las magas niñas los nuevos tonos de la palidez y el enrojecimiento prevalecieron. Lentamente obraron las hadas; moviéndose en crispada perplejidad, un grupo escultórico bruscamente roto en delicados movimientos vaporosos, y el asombro cuadruplicado, siempre armónico, rodeó a la princesa de voz musical. El arzobispo dijo: «¡Oh! Si no tiene ni el mes», y se persignó entrecerrando los ojos.

Así hablaba Brunilda:

—Júpiter rey, duque Apolo, acortad mi desventura. ¡Ay, señorita Artemisa! Diosa y castísima doncella, a tu devota líbrale de torturas, a la más niña de tus siervas, redímela del penurioso sufrir. ¡Ay, Santa Cecilia! Señora de la música, levántame que doblegada vivo ignorante: ¿quién soy?, ¿por qué soy castigada? Los pequeños recuerdos difusos, efímeros con luz de amanecer ilustrados, no son míos; si culpable padezco dolores, malandanzas y antojos no almaceno; si soy castigada, no sé de las perfectas remembranzas que hacen sonreír en la soledad a las imprudentes y feroces. ¿Dónde maldades practiqué? Si llorando despierto, ¿cuándo dormí? ¿Quién en mí su furia deposita? ¿Quién desvía su misericordia? ¿Por qué los poderosos no escuchan mis lamentos? Triste, ignoro mi habitación y naturaleza; mis manos vuelan por mis oídos, locas, febriles, incontrolables como insectos y mis piernas potros son que corren a ninguna parte; mis ojos sólo conocen vagos colores y sombras amenazantes. ¡Sufro! ¡Sacadme de aquí! ¡Decidme qué soy, pues tanto padezco! ¡Almas comedidas, ayudadme!

El canto, la música de las arpas, recorrió gimoteando las naves de la catedral: subió a las nervaduras, penetró en los ángeles de piedra, cayó por columnas y altares; y lloraron los corazones tristes melodías, perfectamente entonadas; asombro y tristeza se fundieron en la parálisis de los ojos muy abiertos por la ignorancia y el milagro.

Capítulo 3. El milagro de aire

Fue entonces cuando bajo la cúpula mayor de la catedral surgió un torbellino rarificado de humo. Todas las miradas se elevaron al vapor de colores que se venía abajo con ingravidez de pluma. Al tocar el suelo el milagro de aire estalló ruidosamente. La multitud de fieles gritó, aulló empavorecida; hasta las hadas mismas retrocedieron. Algunos quisieron huir, otros recularon, las mujeres gimieron, desfallecientes, y cuatro ancianos desenfundaron dagas presurosas. El vapor se desplazó hacia la cuna lentamente. El arzobispo empuñó la cruz, las hadas cayeron de rodillas, y la princesa seguía cantando su desesperación:

—¿Es el firmamento lo que abovedado disciernen mis ojos, o es solamente un palio? Cuando finalmente la tromba de colores tocó la cuna, incidió en una suerte de delirio y principió extravagante bailar. El horror de los fieles creció hasta el pánico. El vapor dio en girar acelerado: configuró una simétrica espiral y se escuchó monumental la ronca voz de los caracoles marinos. El humo de colores recogió baile y caracol y se enrareció hasta torbellino. Despacio, fue tomando nueva forma: se mudó en anciana muy anciana y apareció un mono con el que la vieja se tocaba como si fuese gorro; los ruidos callaron.

—Soy Sota de Espadas, hada conocida en un tiempo como Morgana, y quisiera saber por qué no se me invitó al bautismo y a la donación.

Capítulo 4. Los pasos del tigre

A hurtadillas, con timorato cariño maternal, la reina llegó hasta la cuna en un intento de rescatar a la hija. Cuando iba a tomarla gritó dolorosamente y se dobló en el piso de mármol.

—¿Quién es la afable gorda que venía en mi socorro y desapareció? —entonó, desde la cuna, la cuidadosa voz musical.

Moviose Sota de Espadas con incomprensible agilidad: los ojillos de puerco, iracundos; el pico fundamental, levantado y agresor; el hociquillo desdentado mudándose de mueca en mueca; la gibosa silueta lanzada hacia adelante; las manos nudosas, huesudas como árboles secos en miniatura, expresivamente amenazantes. Algo teatral advertíase en la anciana furiosa, pues, por ahora, afectaba grave seriedad, y su voz de hada anciana era hermosamente juvenil y su risa surtidor de agua fresca y purísima:

—¡Insensatas! ¡Golosas creaturas! ¡Ved lo que habéis logrado!

Entonces, con poco comedimiento y menor destreza maternal, sacó de su cuna a la princesa Brunilda y la alzó en sus brazos. Mas lo que extrajo no fue una niña de facciones gentiles, sino un objeto sumamente deformado, una horrenda masa de carne y pelos, un monstruo enano. Por acción de los dones, la princesa había metamorfoseado: su cabeza, por guardar inteligencia había crecido desmesuradamente; los rasgos antes armoniosos de su cara, eran ahora los de un desapacible batracio; el cuello de incomparable cantora, era ancho y vigoroso como de luchador turco; los brazos y piernas de laudista consumada, eran musculosos y blancuzcos semejantes a los del discóbolo de mármol.

Sota de Espadas increpó a las cuatro hadas niñas:

—¡Qué dones habéis otorgado a la princesa! Tornarla sapo canoro, diversión de feria, globo viviente, medusa, arpía dolorida. ¡Ah! Caramelos brutalizados por vanidades y fiestas:

contemplad vuestra obra; ved a este pobre engendro, a este tierno horror sufriente. ¡Qué cabeza! ¡Qué cabeza! Desde las destrucciones de Circe y de su sobrina Medea, nada se ha contemplado tan atroz y tan refinadamente torpe como esta criatura. Pero escúchenme: las voy a barajar, las copas y los bastos; y los caballos trotarán sobre vuestras cabezas: les espera el horror de las torturas cartománticas: lo sentencio yo, Sota de Espadas. Mil veces dije, aconsejé, ordené que el trabajo y la construcción que no se comprenden cabalmente en sus causas y efectos consecuentes, no deben jamás emprenderse y levantarse. Las cartas se tiran sólo en gobernada y sabia mesa. Pero en vano mencioné deformidades, monstruosidad, desórdenes y fealdad. En vano señalé que la magia y el orden de la naturaleza sutilmente se traman y tejen, se retuercen y anudan formando el tapiz suntuario de nuestra operosa tarea. En vano estaban ustedes para no escucharme.

¿Qué hacer de ti criaturita dolorida? No puede deshacerse lo mudado: no camina nunca hacia atrás el tigre; inderogables son los portentos. ¿Qué hacer? Sufres y sufrirás víctima de encantamientos: incongruente y desacompasada es tu naturaleza; naturaleza; todo está previsto en el orden de las cosas, y los dones en mala hora regalados, martirizan tus tiernas carnes y tu blanco espíritu. Para que las buenas disposiciones alcancen imperio han de estar bien acomodadas. ¿Qué hacer? Ha cuajado ya en ti la pesadilla de lo mágico y maravilloso...

La armoniosa voz de Brunilda interrumpió a la anciana:

—Nada pido, señora de razones esmeradas, sino que termine mi sufrimiento. Si, como decís, sobrecargada estoy de benevolentes maleficios, volvedme, señora, al sueño oscuro de donde broté; haced, encarezco, mi vida, breve tránsito.

Enternecida habló Sota de Espadas:

—Brunilda, niña, hija de reyes, tus peticiones escucho: ten valor y padece tus penas porque pronto terminarán. Reina joven, rey sabio: el dolor de Brunilda sólo puede cesar con el sueño. Así, ofrezco dormirte en el sueño profundo: propongo que Brunilda, la niña, sea por mí disecada. La taxidermia y sus agujas son la única salvación del dolor, porque es la disecación el humano recurso que puede enfrentarse victoriosamente a la magia.

Lloraron entonces el rey y la reina y los clérigos y feligreses y lloró el pueblo y los nobles señores venerables. El rey anunció entre sollozos:

—Señora Sota de Espadas, disecadla, disecadla.

Entrecerró los ojos y anunció la anciana:

—Será disecada la princesa. Mas yo juro en el nombre de mis ancestros los magos que aparecen cuando llueve, que si alguien llegare a amar a Brunilda, se romperán las magias y volverá a la vida en los quince años de su edad y será bella y tierna como una manzana.

Sota de Espadas ordenó entonces al mono con que se tocaba a manera de gorro:

—Almanzor, toma a la princesa y sígueme.

Saltó el animalito de la cabeza de la anciana a la cuna.

—¡Dioses! ¡Soy tomada por un antropoide!

Al frente marchó por la catedral Sota de Espadas mirando hacia uno y otro lado con ojillos feroces, detrás Almanzor, con la princesa echada al hombro, y los reyes; las cuatro hadas, muy juntas lloriqueando temerosas, cerraban el cortejo.

Capítulo 5. La de risa de agua

La disecación de Brunilda se consumó en un salón octagonal de Palacio, primorosamente vestido con tapicería azul cielo; el mueblaje incluía una fuerte mesa de caoba. Sota de Espadas afectó durante la operación ser maestra de artesanas. Mostrose muy activa, y mediante órdenes

lacónicas y toscas exigió toda clase de agujas, vigorosos hilos de colores, cuencos, retortas, sustancias diversas y un caldero. Con la camisa arremangada hasta los codos y tatarcando antiguas canciones de cuna, Sota de Espadas disecó.

Durmiose Brunilda en el sueño oscuro y el hada anciana explicó al rey, a la reina, al arzobispo y a algunos notables que tristemente aguardaban:

—Terminada mi labor de cirugía y altísima costura, debo recordarles que Brunilda, pese a su apariencia de embalsamada o de monumento, está sólo dormida, y que si algún varón no mayor de treinta años ni menor de quince, realizare con ella cualquier acto de honesto y sincero amor, Brunilda volverá a la vida en los quince años de su edad y será bella y tierna como una manzana. Si el amor no se clavare en ella como mis agujas de costurera, permanecerá en su estado actual de admirable obra maestra de la taxidermia.

Agradecida la reina besó las manos de Sota de Espadas, la Buena. Despidiose el hada secamente y partió mudada en brisa matinal; Almanzor la seguía como blanca espuma voladora. Se remontaron también, contritas y sumisas, las cuatro hadas mudadas por la anciana en dóciles y livianos naipes de papel cebolla. Lo último que proclamó la maga fue:

—Recuerden, hijitos, que puedo estar en todo lugar sin ser sentida —y su fresca risa de manantial tornose susurro.

Capítulo 6. La durmiente disecada

Don Grumedán y doña Darioleta, reyes del País de las Liebres, ordenaron la inmediata construcción de un pedestal para Brunilda, la durmiente disecada. El monumento, fabricado de alabastro amarillo, era esbelto, simple y su vetado rojo oscuro lo recorría como fogata. Para que todos pudieran mirarla y la deseada transformación tuviese lugar, Brunilda fue colocada en el salón principal del palacio. Sota de Espadas la disecó de manera que parecía conversar o cantar, posición que la deslucía un poco confiriéndole apariencia de cosa gesticulante y viva, pero en mineral quietud.

Doña Darioleta ocupábase en el destino de la hija con su marido el rey.

—Quien el amor aguarda, tristemente vive. Débil es el corazón para amar, y la fortuna que trae al elegido es fuerte y agobia. Preciso es esperar, y las niñas se besan solas en el espejo, y el varón camina perdido y sin alegría. Acaso nace ahora el doncel que restituirá el movimiento y la respiración a mi Brunilda, mas sus jornadas hasta ella son fatigosas y gratuitas como las del perro sin dueño.

Y razonaba don Grumedán:

—Mire, señora mía, que no es lo mismo con nuestra Brunilda que con otras muchachas; comprenda que sus ojos de madre, grandes y azorados como de vaca, componen a Brunilda y la hacen amable; dones usted le regala, los más hermosos, tornándola por cariños en bella y deseable. Roguemos a Dios otro hijo que viva el mayorazgo y gobierne el reino.

Mas otro hijo les fue negado.

Capítulo 7. Los amadores

Príncipes, reyes, duques, barones y caballeros de todos los reinos acudieron al País de las Liebres a contemplar a la durmiente disecada; unos codiciosos de las muchas riquezas del reino, otros con la esperanza leal de romper con amor el hechizo de la durmiente, algunos enamorados

ya de la Brunilda de quince años fresca y bella como una manzana. Pero años transcurrieron y los vigorosos amadores fracasaron.

Uno hubo, sin embargo, que superó a todos en la prueba del poder amatorio. Acis llamábase el porfiado, y era joven de gallarda figura: mirábala con todo el cuerpo y quería sentir, si no amor, cuando menos la piedad que lo semeja. Acis cayó en obcecación y de día y de noche vigilaba ansioso a la durmiente disecada; obseso llegó a tomarla ansiosamente entre sus brazos, y acarició su enorme cabeza y sus greñas de puerco salvaje, y tocó con la punta de los dedos sus mejillas pálidas, secas como la cera, y su cuello de atleta. Hacia el final lloraba enloquecido abrazando a la princesa. Socavado por la melancolía, tumbado junto al pedestal, con los ojos dementes, inexpresivos y muy abiertos, Acis dejose morir, Brunilda permaneció en la postura de cantora y su duro vientre disecado no se reblandeció en el cadencioso ir y venir de lo que vive y se mueve.

Con los años los reyes ancianos perdieron la fe y la esperanza, mas Brunilda no fue olvidada: su fama divulgose por el mundo y creció a superstición; de todas partes acudían peregrinos a admirar el portento, al que por oscuras convicciones algunos dieron en llamar «la santa dormida, disecada y sonriente».

Capítulo 8. Los caballeros

Como todos los años gran número de caballeros llegaron al País de las Liebres durante las fiestas de Carnaval.

Las tristezas de Brunilda no estorbaban ya la alegría del pueblo: los reyes contemplaban taciturnos el desfile tradicional de los grotescos gigantes de cartón entre la turba irreverente de bailarines dichosos.

Nunca fueron hermanos el campo y la ciudad, y aunque por aquellos días los campos del País de las Liebres veían la espantosa, malhumorada, voraz y extravagante acción del puerco gigante del Automedonte, la alegría del Carnaval bullía por la capital desparramándose en canciones, comilonas, borracheras y muchachas lozanas y sonrientes. El Automedonte es un riachuelo, hijo del monte Dioras, que se retuerce por una región abrupta y selvática de aquel país; en sus márgenes creció inexplicablemente un puerco gigante que de cuando en cuando trotaba fuera de sus rudas comarcas y devoraba ganados, báculos y pastores, devastaba cosechas y derribaba pueblos enteros.

La caza del puerco gigante del Automedonte fue emplazada para las fiestas del Carnaval: campeones de toda la tierra acudieron en busca de la gloria y fama de vencer a la bestia. Los primeros en llegar fueron los treinta y siete hijos del rey Calcante, soberano del país de los Buenos Trigales y primo de don Grumedán; luego, don Famongomadán el Negro, príncipe a quien nunca se vio sonreír y del que se rumoreaban poderes de encantamiento; y don Pedro de Alvarado, noble enano español célebre por su fuerza, bravura y agilidad; y don Carlos el Perro de Francia; y doña Atalona de los Alhelís, de Alemania, ferocísima guerrera de más de cincuenta años, alta y dura como el cedro; y don Gonzalo de Portugal, en cuyo estandarte figuraba un higo sobre campo rojo; y don Gil el Prudente; y don Galaor, príncipe de Gaula, jovencísimo doncel de armas nuevas y lucientes; y don Oliveros de Italia, veterano de cien batallas; y don Polo de maneras delicadas y pocas palabras, arquero infalible; y el gigantesco don Brudonte, de ánimo sonriente y candoroso; y don Nemoroso el Loco con su corte de monstruos, estudioso de todo lo raro y sutil, acompañado por el doctor Grimaldi, sabio en los movimientos de los astros.

Muchos campeones y muchos estandartes oyeron el llamado de don Grumedán el Bueno y acudieron a batir a la bestia insaciable y predadora.

La noche que precedió a la caza del puerco gigante, el rey celebró con una fiesta a los campeones.

Rebosantes las copas y altas las canciones, en la fiesta de los soldados revivió la dicha de los campeones y la deliciosa urbanidad de los que han sabido siempre las buenas reglas. Todos los guerreros comieron, bebieron y cantaron con las discretas y gentiles doncellas, menos don Nemoroso el Loco, quien pidió un aposento apartado para cenar en compañía de su corte de criaturas raras y deformes, los extremadamente flacos o gordos, los enanos y gigantes, los de dos cabezas o cuatro manos que lo seguían a todas partes.

En el gran salón de las fiestas don Grumedán habló a los campeones:

—El rojo vino, sangre de los toros, se gesta y envejece para los esforzados; las canciones que alegran el corazón, la carne roja y humeante, las mil delicias del hablar de las doncellas delicadas, también para los briosos fueron convocadas. Sea de vosotros lo mejor de mi casa y dichosos vivan en la paz y en el combate. Les agradecemos el comedimiento del ánimo y la fuerza del arremeter. Tengo la certeza, cazadores, de que la bestia se esconde ya en lo más oscuro de su madriguera al oír las risas y alegres voces de los valientes. ¡Vida feliz a los campeones!

El primero en retirarse, después de los ancianos reyes fue don Famongomadán que no habló con nadie y comió y bebió parcamente, se fue solo, como siempre andaba, y con la mirada relumbrante de desprecio. Don Brudonte el Gigante bebía de la jarra el vino y conversaba riendo candorosamente; para divertir a todos levantó con una mano la enorme mesa en la que se sentaron algunas damas dando grititos. Don Carlos de Francia teñía el laúd y cantaba muy concertadamente a una dama morena que miraba su rostro elocuente. Don Pedro de Alvarado bailaba con gran maestría de artista haciéndose acompañar por un tambor. Doña Atalona comía una pierna de carnero tomándola con la mano y recordaba con don Gonzalo de Portugal antiguas batallas; cuando ejemplificaba daba en usar el carnero esgrimiéndolo como maza de hierro. Don Galaor miraba cómo el cabello rubio de una joven doncella con quien conversaba se dejaba ir sobre los hombros torneados y se partía en mil rizos delicados sobre el encaje del vestido; creíase ya enamorado de los ojos grises y las manos blancas. Los treinta y siete de Calcante cantaban, reían y bebían estruendosamente. Don Gil el Prudente hablaba quedo de amores a una vasta muchacha de fuerte risa. El estruendo de la alegría por muchas horas no menguó; el festín terminó muy entrada la noche.

(posición 201 su 1803 dell'ebook, 10% circa dell'opera)